

Yo, mirando lo espacio que estaba, le dije:—Sus-  
pende un poco tus lecciones, que traigo un asunto de  
mucha importancia que comunicarte y del que sólo tu  
amistad puede sacarme con bien.—Él entonces muy  
cortés se quitó del lazo, se sentó conmigo en su cama, y  
me dijo:—No sabía yo que traías asunto, pero dí lo que  
se ofrezca, que ya sabes cuánto te estimo.

Le conté punto por punto todas mis cuitas, rema-  
tando con decirle que para libertarme del deshonor  
que me esperaba en el aprendizaje, había pensado me-  
terme á fraile. Él me oyó con bastante gravedad, y me  
dijo:

—Perico, yo siento los infortunios que te amenazan  
por el genio ridículo y escrupuloso de tu padre; pero su-  
puesto que no hay medio entre ser oficial mecánico ó sol-  
dado, y que el único arbitrio de evadirte de ambas cosas  
de esas, es meterte á fraile, yo soy de tu mismo pare-  
cer; porque más vale tuerta que ciega; peor es ser el  
sastre Perico, ó el soldado Perico, que no el padre fray  
Pedro. Ello es verdadero, que la vida de fraile trae sus  
incomodidades inaguantables, como el estudio, la asis-  
tencia de comunidad, la observancia de las reglas, la  
subordinación á los prelados y la sujeción ó privación  
de la libertad que tanto te acomoda á tí y á mí;  
pero todo es hacerse. A más de que, en cambio de  
esas molestias, tiene el estado sus ventajas considera-

bles, como el honor de la religión que se extiende por  
todos sus individuos, aunque sean légos; el respeto  
que infunde el santo hábito, y sobre todo, hijo, el  
afianzar la torta para siempre. Ya verás tú que estas  
conveniencias no las encuentra un artesano ni un sol-  
dado, y así me parece que lleves adelante tu pensa-  
miento.

—Pues yo he venido, le dije, á consultarte mis  
designios y á suplicarte te empeñes con tu padre para  
que me dé una esquila de recomendación para que me  
admita tu tío el provincial de San Diego; porque esto  
urge, y en la tardanza está el peligro; pues como yo  
consiga la patente de admitido, ya á mi padre se le  
quitará el enojo y me verá de distinto modo.

—Pues eso es lo de menos, me dijo Pelayo; ven  
mañana temprano, que yo haré que mi padre ponga la  
esquila esta noche.—Con este consuelo me despedí de  
Martín muy contento, y me volví á mi casa.

Entré en ella, y encontré de visitas á don Martín,  
el de la hacienda, á la señora su esposa, la que me casó  
el zapatazo, á su niña y al famoso Juan Largo ó Janua-  
rio, que toda la familia había venido á México á pasear;  
porque como todo fastidia en este mundo, los que viven  
en las ciudades buscan su diversión en el campo, y los  
que viven en el campo anhelan por la ciudad para diver-  
tirse, y ni unos ni otros logran por largo tiempo satis-

facer sus deseos; porque como la tristeza no está en el campo ni en la ciudad sino en el corazón, nos siguen los fastidios y cuidados donde quiera que llevamos nuestro corazón.

Luego que hube saludado á las visitas y que cesaron los cumplimientos de moda, me aparté al corredor con Januario y hablamos largo sobre diversos asuntos, ocupando el mejor lugar de la conversación los míos, entre los que le conté mis aventuras, y la última resolución que tenía de volverme fraile; á lo que Juan Largo me contestó muy aprisa:

—Sí, sí, Periquillo; vuélvete fraile, hijo, vuélvete fraile; no harás cosa mejor. No todos los hombres hacen lo que deben sino lo que les está más á cuento para sus fines particulares: quién hay que se ordena porque es inútil para otra cosa, ó por no perder una capellanía; quién que se casa con la primera que encuentra, más que no le tenga amor, ni con qué mantenerla, sólo por escaparse de una leva; quién que se mete á soldado porque no lo persiga la justicia ordinaria, por tramposo ó por alguna fechoría que ha cometido; y quién, en fin, que hace mil cosas contra su gusto, sólo por evitar este ó el otro lance que considera serle peor; conque ¿qué nuevo ni raro será que tú te metas á fraile por no aprender oficio ni ser soldado? Sí, Perico, haces bien, alabo tu determinación;

pero hermano, aviva, aviva el negocio; porque al mal paso darle prisa.

Así concluyó su arenga este grande hombre. Él, es claro que me dijo muchas verdades, pero truncas. Si me hubiera dicho después de ellas, que aunque así lo hacen, en ello nada justo hacen ni digno de un hombre de bien, y que por lo común estas trampas y artificios de que se valen para eludir el castigo, excusar el trabajo, engañar al superior ó evitar por el camino más breve la desgracia inminente ó que parece tal, no son sino unos remedios paliativos ó aparentes, que después de tomados se convierten en unos venenos terribles, cuyas funestas resultas se lloran toda la vida. Si me hubiera dicho esto, repito, quizá quizá me hubiera hecho abrir los ojos y cejar de mi intento de ser religioso, para el que no tenía ni natural ni vocación; pero por mi desgracia los primeros amigos que tuve fueron malos, y de consiguiente pésimos sus consejos.

A otro día marché para la casa de Pelayo, quien puso en mis manos la esquila de su padre, el que no contento con darla, pensando que yo era un joven muy virtuoso, prometió ir á hablar por mí á su hermano el provincial, para que me dispensara todas aquellas pruebas y dilaciones que sufren los que pretenden el hábito en semejantes religiones austeras.

No parece sino que me ayudaba en todo aquella

fortuna que llaman de pícaro, porque todo se facilitaba á medida de mi deseo.

Yo recibí mi esuela con mucho gusto, dí las gracias á mi amigo por su empeño, y me volví para casa.



## CAPITULO XI

Toma Periquillo el hábito de religioso, y se arrepiente en el mismo día  
Cuéntanse algunos intermedios relativos á esto

Todo aquel día lo pasé contentísimo esperando que llegara el siguiente para ir á ver al provincial. No quise